

A saber: Los médicos no pueden curar que seas una bestia. Durante las siguientes semanas, mi padre y yo viajamos por todo Seúl y hablamos con una docena de médicos, los cuales nos dijeron en diversos idiomas y con diversos acentos que estaba jodido. Viajamos fuera de Seúl y visitamos a brujas y también a expertos en vudú. Todos dijeron lo mismo: No sabían cómo me había convertido en lo que era, pero no podían curarlo.

—Lo siento, señor Park —le dijo a mi padre el último médico. Estábamos sentados en una oficina en medio de ninguna parte de Daegu. El viaje en coche había durado trece largas y silenciosas horas, y en cuánto nos habíamos bajado en un área de descanso me había vestido como una mujer de Oriente Medio, con túnicas cubriéndome el cuerpo y la cara. El médico trabajaba en un hospital de una ciudad cercana, pero papá lo había arreglado para que nos recibiera en privado, en su casa de fin de semana en el campo. Papá no quería que nadie me viese. Miré por la ventana. La hierba era de un verde que nunca antes había visto y había rosales de todos los colores. Los miré fijamente. Eran hermosos, justo como HyeSun había dicho.

—Sí, yo también.

—Realmente disfrutamos con usted en las noticias, señor Park —dijo el doctor —Mi esposa, especialmente, parece sentir algo por usted —¡Dios mío! ¿Este tipo estaba pidiendo un autógrafo o sugiriendo un trío?

—¿Podría ir a un colegio para ciegos? —interrumpí. El médico se detuvo en medio de su propuesta, o proposición.

—¿Qué, Jimin? —Él había sido el único en llamarme por mi nombre. Había habido un tipo vudú que me había llamado engendro del diablo, lo cual, pensé, era tanto un insulto para papá como para mí. Había querido largarme en ese momento, pero papá siguió hablando con él hasta el amargo final cuando ¡sorpresa, sorpresa! no pudo ayudarme. No era que realmente culpase a alguien por no querer cargar conmigo. Yo no hubiese querido cargar conmigo tampoco, razón por la cual creía que lo que estaba sugiriendo era tan brillante.

—Un colegio para ciegos —dije —Tal vez podría ir a uno de esos —Sería perfecto. Una chica ciega no podría ver lo feo que era, así podría poner en marcha el encanto Park y hacer que me amase. Luego, una vez fuera transformado, podría simplemente regresar a mi antiguo colegio.

—Pero no eres ciego, Jimin —dijo el médico.

—¿Pero no podemos decirles que lo soy? ¿Que perdí la vista en algún insólito accidente de caza o algo? —Negó con la cabeza.

—No es que no comprenda lo que sientes, Jimin.

—Sí, claro.

—No, de verdad. Lo comprendo, un poco. Cuando era adolescente, tenía un cutis muy malo. Probé cada medicación y preparado que existía, y mejoraba un tiempo, luego

empeoraba otra vez. Me sentía muy feo y tímido, estaba seguro de que nadie se fijaría nunca en mí. Pero con el tiempo crecí y me casé —Señaló una foto de una bonita mujer rubia.

—¿Con el tiempo quiere decir después de terminar la carrera de medicina y hacer una tonelada de dinero de modo que las mujeres pasaran por alto su aspecto? —dijo papá con brusquedad.

—Papá... —dije. Pero yo había estado pensando lo mismo.

—¿Está comparando esto con el acné? —dijo papá, gesticulando hacia mí —Es una bestia. Se despertó una mañana y era un animal. Seguramente la ciencia médica...

—Señor Park, tiene que dejar de decir esas cosas. Jimin no es una bestia.

—¿Cómo lo llamaría usted? ¿Qué terminología hay? —El médico sacudió la cabeza.

—No sé. Pero lo que sé es que es solo su aspecto físico el que se ve afectado, lo que es en el exterior —Puso su mano sobre la mía, cosa que nadie había hecho —Jimin, sé que es difícil, pero estoy seguro de que tus amigos aprenderán a aceptarte y a ser amables.

—¿En qué planeta vive? —grité —Porque definitivamente no es la Tierra. No conozco a nadie amable. Y es más, no quiero conocer a nadie así, suenan como perdedores. No tengo algún problemilla, no estoy en una silla de ruedas; soy un completo y total monstruo —Me di la vuelta para que no pudiesen ver como perdía el control.

—Doctor —dijo mi padre —hemos visitado a más de una docena de médicos y clínicas. En algún momento... —se detuvo —Usted me vino altamente recomendado. Si es cuestión de dinero, pagaré lo que sea para ayudar a mi hijo. No será un trabajo pagado por la aseguradora.

—Lo entiendo, señor Park —dijo el médico —Desearía...

—No se preocupe por el riesgo. Firmaré una renuncia. Creo que ambos, Jimin y yo, estamos de acuerdo en que preferiríamos arriesgar... cualquier cosa antes de que siga viviendo así. ¿No, Jimin? —Asentí con la cabeza, aunque comprendí que mi padre estaba diciéndome que preferiría verme muerto antes que vivo con este aspecto.

—Sí.

—Lo siento, señor Park, pero en realidad no es cuestión de dinero o riesgo. Es simplemente que no hay nada que hacer. Creí que quizá con injertos de piel, incluso un trasplante de cara, pero hice algunas pruebas, y...

—¿Qué? —dijo mi padre.

—Fue de lo más extraño, pero la estructura de la piel permaneció inalterada ante todo lo que hice, casi como si no pudiese ser cambiada.

—Eso es absurdo. Todo puede ser cambiado.

—No. No se parece a nada que yo haya visto nunca. No sé lo que lo pudo haberlo causado

—Papá me lanzó otra mirada. Sabía que no quería que le contase a nadie lo de la bruja. Él mismo no lo creía todavía. Aún pensaba que yo había sufrido una enfermedad un poco extraña que podía ser curada mediante la medicina. El doctor continuó: —Realmente me gustaría hacer algunas pruebas más, con propósitos de investigación.

—¿Ayudarán a mi hijo a parecer normal?

—No, pero nos podría ayudar a aprender más acerca de su condición.

—Mi hijo no será un conejillo de indias —dijo papá con brusquedad. El doctor asintió con la cabeza.

—Lo siento, señor Park. Lo único que puedo sugerir es que usted lleve a Jimin a terapia, para que aprenda a tratar con esto lo mejor que pueda —Mi padre mostró una débil sonrisa.

—Sí, desde luego, eso haré. Ya lo he estado investigado.

—Bien —El doctor se giró hacia mí —Y Jimin, lamento mucho no poder ayudarte. Pero tienes que entender que esto no es el fin para ti a menos que dejes que lo sea. Muchas personas con discapacidades logran un gran éxito. Ray Charles, un hombre ciego, tenía tremendas habilidades musicales, y Stephen Hawking, el físico, es un genio a pesar de su enfermedad de las motoneuronas.

—Pero ese es el problema, doc. Yo no soy un genio. Soy simplemente un chico.

—Lo siento, Jimin —El doctor se puso de pie y me palmeó el hombro otra vez, como diciendo a la vez “vamos, vamos” y “por favor, sal de aquí”. Entendí y me levanté. Papá y yo apenas hablamos en el coche de regreso a casa. Cuando llegamos, papá caminó conmigo desde la limusina hasta la puerta de servicio trasera de nuestro edificio. Me quité el oscuro velo de la cara. Era julio y hacía calor, y aunque intentaba mantener el pelo de mi cara recortado, este volvía a crecer casi instantáneamente. Papá me hizo gestos para que entrase.

—¿No vienes? —dije.

—No, llego tarde. He perdido bastante trabajo por esta mierda —Debió ver mi cara porque añadió: —Es una pérdida de tiempo si no logramos nada.

—Claro —Entré. Papá comenzó a cerrar la puerta, pero yo dejé que esta me golpeará la espalda —¿Todavía seguirás intentando ayudarme? —Estudié la cara de papá. Mi padre era un locutor de noticias, así que era realmente bueno en poner cara seria aun cuando estaba diciendo sandeces. Pero ni siquiera papá pudo evitar que los labios se le crispasen cuando dijo:

—Por supuesto, Jimin. Nunca dejaré de intentarlo.

Esa noche no podía dejar de pensar en lo que el Doctor había dicho, sobre que no podía ayudarme porque yo no podía cambiar. Ahora tenía sentido... tan pronto como me cortaba el pelo este volvía a crecer. Lo mismo que con mis uñas... garras ahora. Papá no estaba en casa, y HyeSun se había ido a pasar la noche. Papá le había aumentado el sueldo y la había hecho jurar mantener el secreto. Así que saqué un par de tijeras de cocina y una navaja de afeitar. Corté el pelo de mi brazo izquierdo tan corto como pude, luego afeité el resto hasta que estuvo tan liso como antes de mi transformación. Esperé y observé fijamente mi brazo. No pasó nada. Tal vez el secreto era hacer que estuviera tan al ras como fuera posible, no recortado, sino eliminado de raíz. Incluso si papá tenía que pagar a alguien para que vertiera cera caliente sobre mí cada día, valdría la pena si podía parecer un poco más normal. Volví a mi habitación sintiendo una oleada de esperanza que no había sentido desde ese primer día en que llamé a Seulgi para convencerla de que viniera a besarme. Pero cuando regresé a la luz brillante de mi dormitorio, el pelo me había vuelto a crecer. Me miré los brazos. Si acaso, el pelo de mi brazo izquierdo parecía más espeso que antes. Había algo... tal vez un grito, atascado en mi garganta. Me precipité hacia la ventana. Quería aullar a la siempre amorosa luna, como la bestia de una película de terror. Pero la luna se ocultaba entre dos edificios. De todos modos abrí la ventana y rugí al caliente aire de julio.

—¡Cállate! —Llegó una voz desde el apartamento de abajo. En la calle, una mujer se apresuró, agarrando su monedero. Una pareja se distinguía entre las sombras lejos del poste de alumbrado. Ellos ni repararon en mí. Corrí a la cocina y escogí el cuchillo más grande de la tabla de cocina. Después me atrincheré en el cuarto de baño y, apretando los dientes contra el dolor, corté de un tajo una sección de mi brazo. Me quedé mirando como fluía la sangre de la incisión. Me gustaba el rabioso dolor rojo de esto. Deliberadamente, aparté la mirada. Cuando volví a mirar, el agujero se había curado. Yo era indestructible, inmutable. ¿Significaba eso que era sobrehumano, que no podía morir? ¿Y si alguien me pegaba un tiro? Y si así fuera, ¿qué sería peor... morir, o vivir para siempre como un monstruo? Cuando regresé a la ventana, no había nadie en la calle. Las dos en punto. Quise conectarme, chatear con mis amigos como acostumbraba. Había seguido con la historia de papá sobre la pulmonía hasta que la escuela terminó, después les había dicho a todos que me iba a Europa a pasar el verano, y después a un internado en otoño. Les dije que los vería antes de marcharme en agosto, pero era una mentira. No me importaba. Apenas si me habían enviado algún e-mail. No quería volver a Big Hit, desde luego no como un monstruo, ahí habíamos tratado mal a la gente si usaban zapatos baratos. Se habrían lanzado sobre mí con picas y antorchas por mi aspecto. Creerían que sufría alguna enfermedad como pensaba papá, y se alejarían de mí. E incluso si no lo hicieran, no podría soportar ser un monstruo en una escuela donde solía ser uno de la gente guapa. Calle abajo, un indigente avanzaba trabajosamente con una enorme mochila sobre los hombros. ¿Cómo sería ser él, que nadie esperara nada, que nadie quisiera nada de ti? Lo observé hasta que desapareció, como la luna entre los dos edificios. Finalmente me derrumbé sobre la cama.

Cuando mi cabeza golpeó la almohada había algo duro allí. Deslicé mi mano bajo la almohada y saqué un objeto, luego encendí la luz para ver. Era un espejo. No me había mirado en un espejo desde mi transformación, no desde el día en que había roto el que tenía en mi habitación. Recogí este, un espejo de mano cuadrado con un marco de plata, el mismo que Jandi había sostenido ese día en la escuela. Pensé en romperlo en tantos pedazos como fuera posible. Tienes que encontrar satisfacción donde puedas. Pero capté una visión de mi rostro en él. Era mi propio rostro... mi viejo rostro, esos ojos claros, la cara perfecta que aún era la mía en mis sueños. Sostuve el espejo más cerca, utilizando ambas manos, como si fuera una chica a la que estaba besando. El reflejo se esfumó y allí estaba mi rostro de bestia otra vez. ¿Estaba loco? Levanté el espejo.

—¡Espera! —La voz llegaba del espejo. Despacio, lo bajé. El rostro dentro de este había cambiado otra vez. Jandi, la bruja.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No rompas este espejo —dijo ella —Tiene poderes mágicos.

—¿Sí? —dije —¿Y qué?

—Lo digo en serio. Te he estado observando desde hace más de un mes. Veo que has comprendido que no puedes salir de esto con el dinero de papi... dermatólogos, cirujanos plásticos. Tu padre incluso llamó a esa clínica en Costa Rica donde se hizo su último tratamiento ultra secreto. Todos te han dicho lo mismo... “Lo siento, chico. Aprende a vivir con esto. Ve a terapia”.

—¿Cómo...?

—También vi tu jugada con Seulgi.

—No fue una jugada. La besé antes de que me viera.

—Ella no te volvió a cambiar, ¿verdad? —Negué con la cabeza —Te lo dije, tienes que amar a la persona. Él tiene que amarte. ¿Amas a Seulgi?

—¿Él? —creí escuchar mal. No respondió.

—El espejo tiene poderes mágicos. Mira en él, y podrás ver a quien quieras, en cualquier parte del mundo. Piensa en el nombre de alguien, en uno de tus antiguos amigos quizás...

—En el espejo, pude verla mofarse cuando dijo “antiguos”—Pide y el espejo te mostrará a esa persona, en cualquier parte donde pueda estar —No quería hacerlo, no quería hacer nada que ella dijera. Pero no pude evitarlo. Pensé en Seulgi y rápidamente la imagen en el espejo cambió para mostrar el apartamento de Seulgi, que seguía como había estado el día del baile. Ella estaba sentada en el sofá, besuqueándose con algún tío.

—Vale, ¿y qué? —grité, antes de preguntar si Seulgi podía oírme. El rostro en el espejo cambió otra vez a Jandi —¿Puede ella oírme? —susurré.

—No, solo yo. Con todos los demás, es de una sola dirección como un monitor de bebé. ¿Alguien más a quien quieras ver? —Comencé a decir que no, pero otra vez, mi

subconsciente me traicionó. Pensé en Hoseok. El espejo volvió al apartamento de Seulgi. Hoseok era el chico que estaba con ella. Después de un minuto, Jandi dijo: —¿Qué harás a continuación? ¿Volverás a la escuela?

—Claro que no. No puedo ir a la escuela como un monstruo. Estoy más unido a papá —Miré la hora. Eran más de las diez y papá no estaba en casa. Me evitaba. Las pocas semanas con los médicos eran el tiempo más largo que habíamos pasado juntos en... bueno, jamás. Pero yo sabía que no duraría. Volvería a mi antigua vida de ver a papá solo por televisión. No me había importado antes, cuando tenía una vida. Pero ahora no tenía nada ni a nadie.

—¿Has dedicado algún pensamiento a cómo vas a romper el hechizo? —Me reí.

—Tú podrías cambiarme —Ella apartó la mirada otra vez.

—No puedo.

—No quieres.

—No, no puedo. El hechizo, solo tú puedes romperlo. La única forma de deshacerlo es cumpliendo sus términos... que encuentres el verdadero amor.

—No puedo hacer eso. Soy un monstruo —Ella sonrió un poco.

—Sí, así te consideras ¿verdad? —Sacudí el espejo.

—Tú me has hecho así.

—Eras un cabrón odioso —Hizo una mueca —¡Y deja de sacudir el espejo!

—¿Te molesta? —Le di otra sacudida —Qué pena.

—Tal vez no me equivoqué al transformarte. Tal vez me equivoqué al considerar el ayudarte ahora.

—¿Ayudarme? ¿Qué clase de ayuda puedes darme que yo quiera? Quiero decir, si no puedes cambiarme.

—Puedo darte consejos, y el primero es que no rompas el espejo. Podría serte útil algún día —Y luego desapareció. Puse el espejo suavemente sobre la mesita de noche.